

Julio César Jobet

## Notas sobre tres sociólogos nacionales

- 1.—La posición socio-política de Valentín Letelier.—2.—El nacionalismo fecundo y dinámico de Nicolás Palacios. 3.—Francisco Antonio Encina y nuestra inferioridad económica.



UNA de las figuras más interesantes de la historia nacional contemporánea es la de don Valentín Letelier (1852-1919). Letelier comenzó a distinguirse desde que regresara de Alemania, en 1886, cuando al presentarse a dos certámenes triunfó en ambos: Al Certamen Varela que propuso como tema el estado de la ciencia política en el país, y a uno de la Universidad de Chile, que implicaba responder a la pregunta: ¿Por qué se rehace la Historia? Su trabajo «La Ciencia Política en Chile» es un ensayo valioso en el que predomina el carácter crítico antes que la investigación sobre la ciencia política misma. Es interesante, porque ya alude en él a problemas profundos, como, por ejemplo, al del inquilinaje: «proletariado agrícola sumiso, abyecto, sin nociones morales ni aspiraciones y sin esperanzas de mejoramiento, fuente perenne de criminales». Para Letelier era este un problema característico del medio social de Chile, que al arte político le incumbía resolver a base de una investigación atinada y

científica. «¿Por qué se rehace la Historia?», es un ensayo influido por Montesquieu y Buckle, refundido más tarde en su vasta obra: «La evolución de la Historia», aparecida en 1892. Esta labor de filósofo de la Historia la complementa con la de disciplinado investigador, a pesar de que no escribió ninguna obra histórica especial, al llevar a cabo una vasta compilación de documentos públicos de positivo mérito para la reconstrucción de un extenso período de la historia nacional: «Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (1811-1845)», que consta de 37 volúmenes, demorándole de 1886 a 1908 el realizarla. El Tomo I lo recopiló don Domingo Amunátegui Solar, fallecido el año pasado a una avanzada edad y después de efectuar una inmensa obra de investigador e historiador. Comprende los documentos del primer Congreso de 1811 y de los Senados de 1812 y 1814, es decir, el lapso de la Patria Vieja.

Valentín Letelier desempeñó, en la misma forma, una amplia labor en su profesión de abogado, conservándose 27 gruesos tomos con los borradores de sus vistas como Fiscal de las cuentas públicas a la Corte de Cuentas. De esos tomos se ha formado un libro de selección, publicado en 1923 bajo el rubro de «Dictámenes de don Valentín Letelier Fiscal del Tribunal de Cuentas, 1891-1918». Pero, quizás, donde Letelier ha brillado a mayor altura como publicista ha sido en la sociología jurídica. Así en «Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales», impresa como una introducción al derecho público en Buenos Aires, en 1917, se esfuerza por descubrir el sentido social del Derecho. Y en «Génesis del Derecho y de las instituciones civiles fundamentales», aparecida en Santiago y en Buenos Aires en 1919, ahonda en esta rama jurídica con el mismo criterio y alcance.

Valentín Letelier desarrolló una vasta labor educacional y fué un profesor magnífico. Es autor de diversos ensayos e informes educacionales; propuso reformas al funcionamiento del Liceo y de la Universidad; fué catedrático de Administración

Pública en la Universidad, llegando a ser su Rector durante un importante período. No solamente enseñó sino que ahondó en las teorías pedagógicas y llegó a redactar su «Filosofía de la Educación», cuyo fondo filosófico está considerablemente influido por el positivismo, doctrina de la que fué adepto y estudioso constante.

Esta obra la redactó durante la guerra civil de 1891 y entró en circulación al año siguiente. En ella se acredita como un buen sociólogo de la enseñanza.

De lo expuesto se deduce que Valentín Letelier se destacó como abogado y profesor, como filósofo de la educación y del derecho, y como sociólogo señalado.

También fué un político de relieve y en este sentido su gravitación ha sido considerable. Fué miembro del Partido Radical, en cuyas filas militó siempre en el sector de avanzada. Su posición fué renovadora enfrentándose, a menudo, con don Enrique Mac Iver. La acción de Letelier en este aspecto fué una anticipación de las actuales innovaciones doctrinarias y programáticas del Partido Radical, determinadas por el desarrollo económico social del país. Ya en 1888 asistió en calidad de delegado de Constitución, junto con Enrique Mac Iver, a la primera convención de ese partido. Posteriormente, al estallar la revolución de 1891 fué enemigo del gobierno de Balmaceda, a quien atacó en algunas «Cartas Políticas», en las que responsabilizaba al gran Presidente de la situación que vivía el país, llegando a extremos de inaudita violencia. Sin embargo, debió combatir después el parlamentarismo sui-generis que se implantó por los vencedores, a causa de los profundos vicios que entrañaba. Durante la contienda civil, aparte de los panfletos virulentos en los que acusaba a Balmaceda de tirano similar a Tiberio, se dedicó a refutar a la prensa del gobierno. Esta expresaba que la revolución era una lucha de clases, puesto que la oligarquía se había alzado en armas contra un gobierno popular que la despojaba de sus privilegios. Valentín Letelier rechazaba tal afir-

mación haciendo ver que en Chile no existía ninguna clase social privada del derecho de ascender a los más elevados cargos públicos, si el mérito destacaba al individuo. En Chile no hay patricios ni plebeyos por su estirpe, afirmaba Letelier, no hay más que un sólo pueblo indivisible, sin distinciones jerárquicas, para el goce de los derechos y beneficios que asegura el Estado. Insistió en negar el tinte clasista de la revolución junto con la existencia de una oligarquía en Chile. Admite sí que la insurrección no fué popular en un principio, por cuanto las masas la miraron con diferencia, como una contienda entre «futres», incorporándose en el movimiento solamente cuando de ellas se extrajo a viva fuerza la carne de cañón. La iniciativa en todo caso partió de las clases superiores, en las cuales residía la cultura; las inferiores, por su ignorancia y por su inopia, no estaban capacitadas para comprender el verdadero motivo de la lucha. Este desarrollo de Letelier indica claramente el carácter oligárquico de la sublevación, a pesar de su afirmación contraria, puesto que el pueblo no tenía quejas contra el Presidente, y se había beneficiado con su gestión. Pero, es verdad, que no fué gobiernista ni tampoco fué revolucionario. Fué indiferente o simple instrumento.

En 1888, en la primera Convención Radical, Letelier no se destacó ni expresó posición alguna ante la cuestión social. Es a fines del siglo XIX cuando inicia un viraje que lo llevará a ser el personero del movimiento de renovación política del radicalismo. Ya en el año de 1896, en el diario «La Ley», publicó una monografía titulada: «Los Pobres», analizando la aparición de los partidos obreros, demócratas o socialistas, como un fenómeno de trascendencia. Al enfocar la razón de ser de tales grupos insinúa la conveniencia de un reajuste del Partido Radical que equidista, según él, de las clases populares y de las clases conservadoras. Juzga Letelier que hasta ese momento, los gobiernos sólo habían satisfecho las necesidades de las clases superiores, dejando en completo olvido a las de las clases humildes. El cul-

pable de tal injusticia era el liberalismo. Expresa: «todo lo que ha hecho por los pobres se reduce sustancialmente a la instrucción y al sufragio, esto es, a ilustrarles para que conozcan mejor sus miserias, y a armarlos para que puedan exigir por sí mismos el remedio de sus males. Sorprenderse del apareamiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades». Después de este análisis deduce que el Partido Radical debe mirar hacia ellos, porque «la causa de los pobres fué siempre la causa de los corazones más generosos. La causa de los pobres debe ser la causa del radicalismo». A manera de deducción concreta de su planteamiento, en ese mismo año de 1896, propugnó la acción mancomunada radical-democrata y defendió un programa de reformas sociales, (legislación sanitaria, obrera y reparto de tierras). Se manifestaba ya en él un poderoso espíritu de reforma social y en la Convención de 1899, mientras el líder principal del radicalismo, don Enrique Mac-Iver, defiende un individualismo liberal acérrimo, Letelier le opone su espíritu social avanzado. Mientras Mac-Iver, en 1903, llegó a expresar que el socialismo en Chile no tenía razón de ser por no vislumbrarse la «cuestión social», pues de existir algún sector de proletariado sería únicamente el de los campesinos «que hoy constituyen en el país una verdadera raza de ilotas» (afirmación que tuvo un trágico desmentido con la iniciación de los grandes movimientos obreros de 1903, 1905, 1906 y 1907 en Valparaíso, Santiago, Antofagasta e Iquique), Letelier lo refuta y se inicia una polémica que alcanza su más dramática expresión en la Convención Radical de los primeros días de 1906, en Santiago. Con motivo de la discusión de un nuevo proyecto de programa contendieron Mac-Iver y Letelier, es decir, las tendencias individualista y de reforma social. Este último defendió la ampliación del programa radical con el planteamiento de las cuestiones sociales que querían una solución jurídica. Su tendencia, concretada en la necesidad de una legislación social, se impuso y

logró cierta renovación del radicalismo). Pero es un error creer que por esta actitud Valentín Letelier se señaló como un socialista, ya que él entiende por socialismo claramente la doctrina que propaga la alteración de las bases del orden social y jurídico, con el objeto de conseguir para el proletariado una definitiva situación de bienestar, actitud que él no comparte. Deseaba solamente una legislación protectora sobre la organización del trabajo y sobre las condiciones de vida de la masa obrera. Una especie de socialismo de cátedra. Aún más, su discípulo don Armando Quezada Acharán demostró, en dicho Congreso, que la legislación obrera no debía confundirse con el socialismo sistemático que aspiraba esencialmente a colectivizar la propiedad.

De todas maneras, por su acción en este torneo, don Valentín Letelier definió con respecto a la cuestión social, aparte de su reconocimiento (que Mac Iver negaba), una política social que poco a poco se fué llevando a la práctica. Y además le señaló al radicalismo la necesidad de renovar su programa y marchar a tono con el desenvolvimiento económico-social del país, al lado de las fuerzas democráticas y populares.

Siguiendo aquella posición de Valentín Letelier el Partido Radical ha reconocido la existencia de la lucha de clases en el seno de nuestra sociedad y ha debido postular, como una manera de conjurarla, la urgencia de instaurar una democracia económica que, sobrepasando los estrechos y falsos límites de la democracia política, dé justicia social y económica a las grandes multitudes laboriosas. Tal cual planteara Valentín Letelier: o el Partido Radical se da un programa socialista mínimo o deja de ser partido Radical.

\* \* \*

2.—Nicolás Palacios es oriundo de la región de Colchagua. Estudió y trabajó en Santiago. A los 40 años de edad se radicó en las salitreras, ejerciendo su profesión de médico. A pesar de que

en su madurez defendió los principios que enarbolaron los revolucionarios de 1891 en contra del gobierno de Balmaceda, por estimar que el régimen parlamentario y la libertad electoral eran las bases de una democracia genuina, pronto se transformó en un fervoroso adepto de la política patriótica del presidente mártir, al luchar decididamente por la nacionalización del crédito y de la industria salitrera, para ponerla a cubierto de la voracidad de los grandes capitales extranjeros. Es así como en aquella zona combatió Palacios el monopolio llamado «combinación salitrera», porque iba contra los intereses del Estado al ahogar la libre expansión de la industria. En la misma forma, entró a defender a nuestro pueblo, al que ve trabajar rudamente, sometido a duras condiciones de vida.

En 1904 apareció su libro «Raza Chilena», cuya publicación fué una patriótica señal de alarma frente a las injusticias sociales imperantes y una apasionada defensa de la clase popular. Para llevarla a cabo, Nicolás Palacios, influenciado por las doctrinas racistas del conde de Gobineau, que tanta boga tuvieron en nuestro tiempo, difundidas particularmente por H. S. Chamberlain, Lapouge y Ammon, se fundamenta en la biología y en la etnología para hacer del roto chileno un descendiente de germano, elemento racial al que le asigna todas las grandes cualidades creadoras, y de araucano, el más vigoroso conglomerado autóctono de América. Afirma que el roto es araucano-gótico, en tal forma que el chileno legítimo no tiene sangre latina en sus venas, por más que hable romance y lleve apellidos castellanos. El roto chileno es mestizo de padre germano, varonil, de psicología patriarcal, y de madre araucana.

Con todo lo discutible y falso que el libro de Palacios contiene en sus teorías racialistas, no obstante, es una obra valiosa que vuelca las angustias de un hombre sincero de la pequeña burguesía profesional, profundamente atormentado ante la crisis que en el país se abría en ese entonces. Desgobierno y desmoralización en los dirigentes políticos; corrupción en la cla-

se gobernante, debido a la formación de una nueva capa social plutocrática; pérdida de la austeridad tradicional de la nación; ansia de dinero fácil; tendencia al derroche inusitado; lujo insultante en la oligarquía; costumbres escandalosas en los diversos sectores; decadencia moral de la administración pública, en la que menudean los desfalcos, sustracciones de documentos, falsificaciones e incompetencia; y miseria agobiadora de las clases populares, eran los perfiles sobresalientes de esa época y señalaban los síntomas alarmantes del caos social que se acercaba.

En un párrafo certero dice Palacios: «El Fisco chileno es el más rico de cuantos existen, pues posee una renta de más de \$ 18 por habitante, obtenida de las propiedades nacionales y de la renta precaria del salitre y yodo, situación anómala y que sería peligrosa para cualquier país, y que para Chile ha sido funesta. Nadie desconoce la conveniencia de que Chile se habitúe a cubrir los gastos ordinarios de su administración con el producto de contribuciones, por lo que los cincuenta y tantos millones de renta extraordinaria debieron dedicarse a las tres más premiosas necesidades, de urgencia asimismo extraordinaria, que hoy siente nuestro país: 1) la instrucción primaria, manual y técnica; 2) la implantación o introducción de industrias fabriles; 3) la población metódica de nuestro territorio con familias chilenas escogidas». El trozo reproducido condensa el programa de Nicolás Palacios para salvar a Chile de la situación lamentable en que se debatía, y darle, a su vez, prosperidad a la nación y bienestar al pueblo.

Nicolás Palacios cifra grandes esperanzas en la labor educacional para mejorar el pueblo y cambiar los destinos del país. Sobre todo estima de gran necesidad darle una orientación técnica para hacerla servir a los fines de incremento material del país. Pero es a la urgencia de desarrollar la industria a la medida que le dedica mayor atención. Desde el punto de vista agrícola estima muy limitadas las posibilidades de Chile, dado su terri-



torio quebrado y difícil, las reducidas extensiones aprovechables y el desgraciado régimen de las lluvias. En cambio, son excelentes sus bases y perspectivas para el desenvolvimiento de la industria pesada, de la industria de la pesca y de la navegación. Chile debe ser industrial por la naturaleza de su territorio y por las condiciones de su raza, inteligente y fuerte, apta para comprender y dirigir cualquier maquinaria a poco que se le enseñe y capaz de repetir cualquier trabajo con sólo encomendarlo a su proverbial entusiasmo y buena voluntad.

Nicolás Palacios dice: «Chile debe ser país industrial y comerciante para que nuestra raza produzca por selección individuos capaces de manejar esas dinamos poderosas de la energía social que se llaman capitales, manejarlos en su poder productor de riquezas destinadas al consumo y en el de creador de nuevos capitales. La riqueza es la sangre de las naciones, ha dicho Spencer, por lo que toda sociedad para constituir un organismo superior debe poseer órganos que produzcan, acumulen y dirijan la riqueza». Por eso prefiere a la política de obras públicas una política industrial. Estima necesarias las obras públicas, pero éstas no son reproductivas y de ahí la necesidad de preferir el desarrollo industrial, máxime cuando en Chile «son las irregularidades escandalosas, denunciadas repetidas veces en el seno del Congreso, a que dan lugar los contratos de las obras públicas, el móvil de esa inusitada actividad de construcciones».

Al analizar el problema de la colonización considera que, a pesar de sus posibilidades limitadas, la agricultura todavía posee amplio campo en nuestro país, pudiendo incorporarse grandes porciones de suelo de excelente calidad a la producción, el que debe ser, a su entender, poblado en forma sistemática por chilenos y no por emigrantes extranjeros. La población chilena aumenta en forma apreciable y si se la vincula a la tierra, en debidas condiciones, prospera y produce. Condena el régimen de colonización impuesto por los gobiernos desde 1870 adelante, cuya orientación sólo tuvo por móvil el que se hicieran dueños

de la tierra los capitalistas y a través de ellos obtener algunos recursos para el Fisco. Tiene duros calificativos para referirse a los remates de tierras realizados en las comarcas sureñas. En uno de sus capítulos expresa: «La historia del ramo de remate de tierras no está menos exento de tropiezos que el de la ocupación de hijuelas por colonos nacionales. Como algunos rematantes obtenían varios lotes a la vez, quedaron extensos campos en poder de algunos solamente. Sembraron las porciones de buena calidad, para obtener pingües ganancias, o las vendieron a precios más subidos. Las que no les ofrecían un negocio inmediato quedaron inexplorables para esperar que adquirieran el precio mayor que les daba el tiempo. Ha sido este un mal que subsiste hasta la actualidad en proporción excesiva. A medida que el tiempo transcurría, los abusos tomaban cuerpo y la inventiva del lucro ideaba mil medios para eludir las disposiciones de la ley».

En este párrafo están contenidas las causas que generaron la gran propiedad sureña; los interminables litigios de tierras; el despojo de los mapuches, la burla al trabajo y sufrimientos de rudos colonos, que, después de 15 ó 20 años de esfuerzos, son despojados de sus suelos, de los levantamientos y represiones; del bandidaje y cuatrерismo. En la misma forma, señala los abusos relacionados con la explotación de Magallanes condenando la actitud del Fisco que vendió grandes extensiones tan grandes como un departamento, a ganaderos extranjeros sin que se le pasara por la mente la colonización a base de pequeños agricultores nacionales. Precisamente, las ventas y arriendos se llevaron a efecto sin respetar el derecho de los chilenos.

Finalmente, Nicolás Palacios ataca violentamente el criterio de colonizar con extranjeros cuando, por su natalidad, Chile tiene elemento humano de sobra para hacerlo, con la ventaja de asegurarle así condiciones de vida tolerables que impidan la mortalidad que nos agobia y no nos permite aprovechar el capital humano nacional. A este respecto cita un párrafo de la Memoria

de Relaciones del año 1902, en donde se sustenta la excluyente teoría de la colonización extranjera: «El interés del país en el repartimiento de las tierras entre los propios nacionales, es mediocre comparado con la importancia que tiene el fomento de la inmigración extranjera. Debe, pues, en nuestro concepto, abandonarse la idea de formar colonias de nacionales que es contraria a las más claras reglas que dominan esta materia .

La aplicación del principio defendido por el Fisco chileno, en el párrafo reproducido, significó la carencia de estímulo, en la escala debida, a la colonización con familias chilenas y, por otro lado, se manifestó en el despojo de muchos colonos nacionales en beneficio de los extranjeros. Innumerables esforzados chilenos fueron privados de las tierras que ocupaban debiendo abandonarlas y emigrar a Argentina, donde varios millares de ellos hicieron producir lejanas comarcas, consiguiendo, a su vez, el bienestar que en su patria se les negaba. Esta situación fué tan grave que los diversos municipios de la Araucanía defendieron a los colonos despojados y a los aspirantes a colonos para evitar la emigración a la Patagonia. En la misma forma, las sociedades de obreros, y artesanos llevaron a cabo peticiones en el sentido indicado.

Nicolás Palacios no es enemigo de la colonización con núcleos extranjeros; la considera necesaria y útil; pero es partidario ardoroso de que en la colonización del territorio chileno se prefiera a los elementos escogidos de su población laboriosa que ansían transformarse en propietarios libres, protegidos adecuadamente por el Estado. En un apreciable sector de la nacionalidad existe una verdadera «hambre de tierra», que no ha sido satisfecha a causa del latifundismo imperante, el que prefiere mantener en calidad de inquilinos o siervos a millares de hombres que podrían ser excelentes cultivadores libres, técnica y efectivamente ayudados por el Estado. Prefieren un trabajo extensivo por medio de la explotación del hombre en vez de un trabajo moderno por la utilización amplia de la maquinaria agrícola.

El programa de este chileno eminente es claro y realista para lograr el progreso fecundo de Chile, ampliación de la enseñanza y ésta con una definida orientación práctica y productiva; desarrollo de la industria en todas sus manifestaciones hasta llegar a establecer la industria pesada; y desarrollo de la producción agro-pecuaria a base del mejoramiento de la agricultura y de una colonización sistemática, utilizando de preferencia elemento nacional.

A pesar de los cuarenta y tantos años transcurridos desde que Nicolás Palacios formulara este programa, todavía posee una actualidad grande, dado que constituye una aspiración a conquistar para bien de Chile. En estos días cuando las principales energías de los gobernantes están volcadas a eliminar el analfabetismo y a darle un contenido económico y práctico a la enseñanza; a industrializar el país por la electrificación y el aprovechamiento de sus materias primas; y a reestructurar la agricultura contemplando, entre otras medidas, una colonización sistemática, y todo ello con la finalidad de aumentar la producción, la riqueza y el bienestar, el recuerdo de las interesantes ideas programáticas de Nicolás Palacios es oportuno y enseñador.

\* \* \*

3.—Francisco Antonio Encina se hizo notar en 1912 al publicar dos obras en las que se acreditaba buen historiador y sociólogo: una sobre la orientación económica de la enseñanza y otra acerca de las causas y consecuencias de nuestra postración económica. Esta última tiene una actualidad extraordinaria, a pesar de los años pasados desde su aparición, de donde deriva un interés permanente y la necesidad de que conozcamos algunas de sus ideas fundamentales. Es esta obra: «Nuestra inferioridad económica. (Sus causas y consecuencias)», y en ella se evidencia como un discípulo del doctor Nicolás Palacios, cuyo nacionalismo encendido y dinámico informa el ensayo de Encina.

Es este un libro que estudia con gran hondura los diversos factores que han influido en la paralización del desarrollo económico nacional y en su atraso con respecto a los demás países americanos, después de haber sido el que iba a la cabeza. Encina afirma que existe en Chile una antinomia entre los elementos físicos inadecuados para una gran expansión agrícola y, en cambio, admirablemente adecuados para el desarrollo industrial, y las aptitudes de la raza apta para la agricultura e inepta para la actividad manufacturera y comercial, pues carece de las condiciones que exige vida industrial debido a la herencia, al grado relativamente atrasado de su evolución y a la inadecuada enseñanza.

Expresa Encina: «Las condiciones geológicas y climatéricas hacen imposible en Chile una vigorosa expansión agrícola. Nuestra agricultura sólo puede desarrollarse lentamente, dentro de horizontes muy limitados, merced al perfeccionamiento de los cultivos y a su expansión en suelos difíciles de aprovechar. Salvo los aumentos que los futuros avances de la técnica agrícola lleven a la productividad del suelo, no es probable que pueda alimentar más de doce millones de habitantes. Las industrias extractivas del salitre y del cobre en la actualidad las fuentes de riqueza más copiosas, después de la agricultura, son verdaderas industrias fabriles, porque tienen las mismas exigencias de capitales y aptitudes que ellas. En las industrias fabriles deben, también, cumplirse los destinos de nuestro país si está llamado a figurar honrosamente en la civilización del futuro. El medio físico obliga, pues, a Chile a ser ya un pueblo manufacturero, comercial y navegante, si no quiere interrumpir su desarrollo».

Es notable el análisis que Encina hace de la psicología económica del chileno y que vale la pena reproducir. El chileno es «física e intelectualmente fuerte, dotado de voluntad enérgica y audaz, sin embargo, carece o tiene mal desenvueltos todos los rasgos del carácter y todas las aptitudes que dan éxito en la actividad industrial: la regularidad, el orden y el método, factores

del buen aprovechamiento del tiempo; el espíritu de observación y la prudencia en los cálculos, bases del juicio industrial y comercial; la perseverancia, la competencia técnica; la capacidad para la asociación; la moralidad elevada que requiere la concurrencia económica contemporánea; la ambición inexhausta que pone en juego todas las fuerzas del hombre, y el sentimiento fuerte de la nacionalidad y el deseo de la grandeza colectiva que hacen llevaderos los más duros sacrificios y fáciles las más grandes empresas. No quiero decir que el chileno adolece de incapacidad económica en el verdadero sentido de la expresión. No: entre las razas hispanoamericanas, la chilena es la más fuerte y la de mayor porvenir, aun económicamente hablando... Hoy mismo, con todos sus vacíos y defectos, lucha en la agricultura con el extranjero y lo vence... La incapacidad económica del chileno es relativa; se refiere sólo a la vocación y a las aptitudes para la actividad fabril y manufacturera; y deriva del estado social y de la educación monstruosamente absurda para este estado, que recibe».

Francisco A. Encina reconoce el papel económico de la agricultura y la vocación del chileno hacia ella, pero considera esta actividad limitada por la propia naturaleza de Chile. De ahí que si nuestro país desea un porvenir grande y notable tiene que hacer radicar su poderío en otra rama de la actividad económica. ¿Y por qué no en la minería, que en nuestro país ha sido hasta ahora la base de su existencia? Según Encina el peligro reside en el hecho que la minería, al revés de la agricultura, permite la absorción por el capital extranjero más abundante y poderoso que el nacional, aun incipiente, de tal modo que con el tiempo solamente en el nombre es una actividad económica nacional. La minería no incorpora riqueza directamente al suelo ni tampoco crea lazos entre el suelo y el hombre, derramando prosperidad únicamente en forma refleja. Ofrece un campo propicio para el desplazamiento económico del nacional por pueblos más desarrollados. Una nación minera está más expues-

ta que otras a ser absorbida económicamente y a quedar en condición de factoría de civilizaciones más poderosas.

En Chile la agricultura tuvo un desarrollo importante hasta 1873, siendo posible una apreciable exportación de cereales, pero a raíz de la pobreza de nuestros suelos, el aumento de las dificultades en el cultivo y al descenso de los precios de los productos agrícolas en el comercio mundial, la agricultura pierde categoría sin lograr alcanzar ni remotamente un desarrollo que pudiera hacer de ella la base de nuestra economía, como sucede en Argentina, por ejemplo. Es por eso que Chile ha sido esencialmente un país minero. Plata y cobre a mediados del siglo XIX; salitre desde 1874; salitre y cobre en el siglo XX, han sido los productos principales de la minería chilena. Y, desgraciadamente, la minería ha sido dominada por los capitales extranjeros, los que se llevan la totalidad de las utilidades fuera del país, determinando la descapitalización nacional. Por otra parte, desde entonces la agricultura ha vivido subordinada al desarrollo de la industria salitrera.

Frente a esta situación ¿cuál es la solución que Chile debe darle a su economía? Para Francisco A. Encina no puede ser otra que la de desarrollar la industria. La naturaleza ha sido generosa con nuestro país en los factores que permiten a los pueblos enérgicos crear civilizaciones basadas en la manufactura, en el comercio y en la navegación, tales como: configuración geográfica que permite el acceso fácil al mar; existencia de magníficos depósitos de hierro y abundante energía motriz; numerosos y variados yacimientos minerales. De esto se desprende que la minería en Chile debe ser el sólido punto de apoyo para la industrialización, pero no la base de su economía. En este caso está condenado a ser productor de materias primas exclusivamente, subordinado al capital extranjero, lo que impide la expansión fabril manufacturera, que debe ser la base de su prosperidad y libertad económicas.

Ahora bien, para imponer esta realidad son necesarias no solamente la acción directa del Estado en el sentido indicado, por medio de las medidas del caso, sino que, para el señor Encina, son fundamentales los cambios que deben imprimirse a la orientación de la enseñanza. Considera que en la actualidad la enseñanza es un agente decisivo de transmutación y de ahí que pueda corregir la preferencia, contrarrestar las desviaciones y suplir los vacíos de nuestra evolución. Una educación sistemática puede completar la transformación aun imperfecta de nuestra primitiva energía militar en aptitudes industriales.

Esta educación sistemática una vez adaptada a nuestro estado social y a nuestro patrimonio hereditario, puede contribuir directamente a la rehabilitación del sentimiento de nacionalidad y de los ideales que constituyen el nervio de la expansión material y moral de un pueblo. Una política económica, comercial y estable, basada en el conocimiento de nuestros medios, de nuestra posición y de nuestro porvenir, puede auxiliar a la enseñanza en la realización de la pesada tarea que el destino y nuestros errores han echado sobre nuestros hombros en el presente. Esta obra de F. A. Encina tiene un valor indudable, pues es uno de los más claros y mejores ensayos en el intento de explicar nuestra realidad y de proponer soluciones radicales con el objeto de conseguirle una perspectiva nueva y más grandiosa a nuestro país.